

El 18 de marzo de 1871 fue proclamada la Comuna en París. El primer intento de “tomar el cielo por asalto” por parte de la clase obrera; pese a su corta vida, La Comuna dejó inmortales enseñanzas para el proletariado internacional. En homenaje a los comuneros y como parte de rescatar la teoría que de aquella experiencia se deriva, publicamos un artículo de Lenin escrito con motivo de su 40 aniversario.

A LA MEMORIA DE LA COMUNA

Por Lenin

Han pasado cuarenta años desde la proclamación de la Comuna de París. Según la costumbre establecida, el proletariado francés honró con mítines y manifestaciones el recuerdo de los hombres de la revolución del 18 de marzo de 1871. A finales de mayo volverá a llevar coronas de flores a las tumbas de los comuneros fusilados durante la terrible “semana de mayo”, y ante ellas volverá a jurar que luchará sin descanso hasta lograr el pleno triunfo de sus ideas, hasta dar cabal cumplimiento a la obra por ellos legada.

¿Por qué, pues, no sólo el proletariado francés, sino el de todo el mundo honra a los hombres de la Comuna de París como a sus precursores? ¿Cuál es la herencia de la Comuna?

La Comuna surgió espontáneamente, nadie la preparó de un modo consciente y sistemático. La desgraciada guerra con Alemania, las torturas del sitio, el paro obrero y la ruina de la pequeña burguesía; la indignación de las masas contra las clases superiores y las autoridades que habían demostrado una incapacidad absoluta, la sorda efervescencia en el seno de la clase obrera, descontenta de su situación y ansiosa de un nuevo régimen social; la composición reaccionaria de la Asamblea Nacional, que hacía temer por los destinos de la República, todo ello y otras muchas cosas se unieron para impulsar a la población parisiense a la revolución del 18 de marzo, que puso inesperadamente el poder en manos de la Guardia Nacional, en manos de la clase obrera y de la pequeña burguesía, que se había unido a ella.

Fue un acontecimiento histórico sin precedentes. Hasta entonces, el poder había estado, por lo general, en manos de los terratenientes y de los capitalistas, es decir, de sus apoderados, que constituían el llamado gobierno. Después de la revolución, del 18 de marzo, cuando el gobierno del señor Thiers huyó de París con sus tropas, su policía y sus funcionarios, el pueblo quedó dueño de la situación y el poder pasó a manos del proletariado. Pero en la sociedad moderna, el proletariado, avasallado económicamente por el capital, no puede dominar políticamente si no rompe las cadenas que le atan al capital. De ahí que el movimiento de la Comuna debiera adquirir inevitablemente un tinte socialista, es decir, debiera tender al derrocamiento del dominio de la burguesía, de la dominación del capital, a la destrucción de las bases del régimen social contemporáneo.

En un principio se trató de un movimiento sumamente heterogéneo y confuso. A él se adhirieron también los patriotas, con la esperanza de que la Comuna reanudaría la guerra contra los alemanes, llevándola a un venturoso desenlace. Lo apoyaron asimismo los pequeños tenderos, en peligro de ruina si no se aplazaba el pago de las letras vencidas y de los alquileres

devengados (aplazamiento que les negaba el gobierno, pero que la Comuna les concedió). Por último, en un comienzo también simpatizaron en cierto grado con él los republicanos burgueses, temerosos de que la reaccionaria Asamblea Nacional (los “rurales”, los salvajes terratenientes) restableciesen la monarquía. Pero el papel fundamental en este movimiento lo desempeñaron, naturalmente, los obreros (sobre todo, los artesanos parisienses), entre los cuales se había realizado en los últimos años del Segundo Imperio una intensa propaganda socialista, estando incluso muchos de ellos afiliados a la Internacional.

Sólo los obreros permanecieron fieles a la Comuna hasta el fin. Los republicanos burgueses y la pequeña burguesía se apartaron bien pronto de ella: unos se asustaron del carácter revolucionario socialista del movimiento, de su carácter proletario; otros se apartaron de ella al ver que estaba condenada a una derrota inevitable. Únicamente los proletarios franceses apoyaron a su gobierno sin temor ni desmayo, sólo ellos lucharon y murieron por él, es decir, por la emancipación de la clase obrera, por un futuro mejor para todos los trabajadores.

Abandonada por sus aliados de ayer y sin contar con ningún apoyo, la Comuna tenía que ser derrotada inevitablemente. Toda la burguesía francesa, todos los terratenientes, bolsistas y fabricantes, todos los grandes y pequeños ladrones, todos los explotadores se unieron contra ella. Con la ayuda de Bismarck (que dejó en libertad a 100.000 soldados franceses prisioneros de los alemanes, para aplastar al París revolucionario), esta coalición burguesa logró enfrentar con el proletariado parisiense a los atrasados campesinos y a la pequeña burguesía de provincias y rodear la mitad de París con un círculo de hierro (la otra mitad había sido cercada por el ejército alemán). En algunas grandes ciudades de Francia (Marsella, Lyon, Saint-Etienne, Dijon y otras), los obreros también intentaron tomar el poder, proclamar la Comuna y acudir en auxilio de París, pero estos intentos fracasaron rápidamente. Y París, que había sido el primero en enarbolar la bandera de la insurrección proletaria, quedó abandonado a sus propias fuerzas y condenado a una muerte cierta.

Una revolución social, para triunfar, necesita, por lo menos, dos condiciones: un alto desarrollo de las fuerzas productivas y un proletariado preparado para ella. Pero en 1871 no se dio ninguna de estas condiciones. El capitalismo francés se hallaba aún poco desarrollado, y Francia era entonces, fundamentalmente, un país de pequeña burguesía (artesanos, campesinos, tenderos, etc.). Por otra parte, no existía un partido obrero, y la clase obrera no tenía preparación ni había pasado por un largo entrenamiento, y en su masa ni siquiera comprendía

claramente cuáles eran sus fines ni cómo podía alcanzarlos. No había una organización política seria del proletariado, ni fuertes sindicatos, ni grandes cooperativas...

Pero lo que le faltó principalmente a la Comuna fue tiempo, posibilidad de darse cuenta de la situación y emprender la realización de su programa. No había tenido tiempo de poner manos a la obra cuando el gobierno, atrincherado en Versalles y apoyado por toda la burguesía, inició las operaciones militares contra París. La Comuna tuvo que pensar ante todo en su propia defensa. Y hasta el final mismo, que sobrevino la semana del 21 al 28 de mayo, ya no tuvo tiempo de pensar seriamente en otra cosa.

Sin embargo, pese a esas condiciones tan desfavorables y a la brevedad de su existencia, la Comuna tuvo tiempo de adoptar algunas medidas que caracterizan suficientemente su verdadero sentido y sus objetivos. La Comuna sustituyó el ejército permanente, instrumento ciego en manos de las clases dominantes, por el armamento general del pueblo; proclamó la separación de la Iglesia y el Estado; suprimió la subvención del culto (es decir, el sueldo que el Estado pagaba a los curas), y dio un carácter estrictamente laico a la instrucción pública, con lo que asestó un fuerte golpe a los gendarmes de sotana. Poco fue lo que tuvo tiempo de hacer en el terreno puramente social, pero ese poco muestra con suficiente claridad su carácter de gobierno popular, de gobierno obrero: quedó suprimido el trabajo nocturno en las tahonas; fue abolido el sistema de las multas, esa expoliación consagrada por la ley de que se hacía víctima a los obreros; finalmente, fue promulgado el famoso decreto en virtud del cual todas las fábricas y todos los talleres abandonados o paralizados por sus dueños eran entregados a las cooperativas obreras, con el fin de reanudar la producción. Y para subrayar, como si dijéramos, su carácter de gobierno auténticamente democrático, proletario, la Comuna dispuso que la remuneración de todos los funcionarios administrativos y del gobierno no fuera superior al salario normal de un obrero ni pasara en ningún caso de los 6.000 francos al año (menos de 200 rublos al mes).

Todas estas medidas mostraban con harta elocuencia que la Comuna constituía una amenaza mortal para el viejo mundo, basado en el avasallamiento y la explotación. Esa era la razón de que la sociedad burguesa no pudiera dormir tranquila, mientras en el ayuntamiento de París ondease la roja bandera del proletariado. Y cuando la fuerza organizada del gobierno pudo, por fin, dominar a la fuerza mal organizada de la revolución, los generales bonapartistas, esos generales batidos por los alemanes y valientes ante sus derrotados compatriotas vencidos, esos Rennenkampf y Méller-Zakomelski franceses, hicieron una matanza como jamás se había visto en París. Cerca de 30.000 parisienses fueron muertos por la soldadesca desenfrenada; unos 45.000 fueron detenidos, siendo ejecutados posteriormente muchos de ellos, miles fueron los desterrados o enviados a trabajos forzados. En total, París perdió unos 100.000 hijos, y entre ellos a los mejores obreros de todos los oficios.

La burguesía estaba contenta. “¡Ahora se ha acabado con el socialismo para mucho tiempo!”, decía su jefe, el sanguinario enano Thiers, cuando él y sus generales hubieron ahogado en sangre la sublevación del proletariado de París. Mas fueron vanos los graznidos de esos cuervos burgueses. Al cabo de unos seis años de haber sido aplastada la Comuna, cuando muchos de sus defensores se hallaban aún en el presidio o en el exilio, inició en Francia un nuevo movimiento obrero. La nueva generación socialista, enriquecida con la experiencia de sus predecesores, cuya derrota no la había descorazonado en absoluto, recogió la bandera que habían soltado las manos de los defensores de la Comuna y la llevó adelante con firmeza y audacia, al grito de “¡Viva la revolución social! ¡Viva la Comuna!”. Y tres o cuatro años más tarde, un nuevo partido obrero y la agitación levantada por éste en el país obligaron a las clases dominantes a poner en libertad a los comuneros que el gobierno aún mantenía presos.

Honran el recuerdo de los combatientes de la Comuna no sólo los obreros franceses, sino también el proletariado de todo el mundo, pues aquélla no luchó por un objetivo local o estrechamente nacional, sino por la emancipación de toda la humanidad trabajadora, de todos los humillados y ofendidos. Como combatiente de vanguardia de la revolución social, la Comuna se ha ganado la simpatía en todos los lugares donde sufre y lucha el proletariado. El cuadro de su vida y de su muerte, el ejemplo de un gobierno obrero que conquistó y retuvo en sus manos durante más de dos meses la capital del mundo, el espectáculo de la heroica lucha del proletariado y sus padecimientos después de la derrota, todo esto ha levantado la moral de millones de obreros, ha alentado sus esperanzas y ha ganado sus simpatías para el socialismo. El tronar de los cañones de París ha despertado de su sueño profundo a las capas más atrasadas del proletariado y ha dado en todas partes un impulso a la propaganda socialista revolucionaria. Por eso no ha muerto la causa de la Comuna, por eso sigue viviendo hasta hoy día en cada uno de nosotros.

La causa de la Comuna es la causa de la revolución social, es la causa de la completa emancipación política y económica de los trabajadores, es la causa del proletariado mundial. Y en este sentido es inmortal.

Publicado en *Rabóchaya Gazeta*, N 4-5.
5 (28) de abril de 1911.



Los comuneros derriban la columna de Vendome, símbolo de la burguesía, el 16 de mayo de 1871